

CUÁNTA, CUÁNTA GUERRA...

MERCÈ RODOREDA

CUÁNTA, CUÁNTA  
GUERRA...



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Quanta, quanta guerra*

Traducción de Ana María Moix

Diseño de la cubierta: Edhasa

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Imagen de cubierta: istockphoto

Primera edición en pocket Edhasa: junio de 2002

Segunda edición (revisada): junio de 2019

© Institut d'Estudis Catalans

© de la presente edición: Edhasa, 2002, 2019

Diputación, 262, 2ª<sup>a</sup>

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 202

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-2188-3

Impreso en Black Print CPI

Depósito legal: B 14731-2019

Impreso en España

## Prólogo

*Cuánta, cuánta guerra...* nació una tarde en el vestíbulo del antiguo Publi Cinema, donde entré para ver las fotos de la película que estaban dando: *El manuscrito encontrado en Zaragoza*, del director polaco Has. Cada fotografía, cada paisaje, cada expresión en el rostro de los actores eran una pura maravilla. Una de las películas más originales, más poéticas, más extraordinariamente sobrenaturales que he visto nunca. Subiendo por el paseo de Gracia me preguntaba si sería capaz de escribir una novela que alcanzara el grado de poesía y de misterio de *El manuscrito encontrado en Zaragoza*. Tenía que crear un personaje y lanzarlo a correr mundo. ¿Un vagabundo? No. Los vagabundos ya están acostumbrados a andar por el mundo, y el mundo no les sorprende apenas. ¿Quizás un soldado? Debería tratarse de un muchacho con el sabor de la leche todavía en los labios, que, como los poetas, quedara sorprendido por todo lo que viera. Atraparlo en medio del desorden de la guerra para que pudiera hacer cuanto se

le antojara e ir adonde tuviera ganas de ir. Procurarle aventuras con gente extraña. ¿Por qué no una novela, digamos, de guerra con poca guerra? Se han escrito tantas novelas sobre la guerra que una más nada añadiría a la colección. Y quizá no hubiera sabido hacerla. Repito: ¿por qué no una novela con poca guerra, pero con un continuo fondo de guerra? Antonin Artaud empieza así su *Heliogábalo*: «En torno al cadáver de Heliogábalo, el dios solar, sacerdote vestido de púrpura, llegado al Imperio romano procedente del Sol, muerto sin sepultura, degollado por su propia policía en las letrinas de su palacio, hay una intensa circulación de sangre y excrementos». En torno a las gentes de mi época hay una intensa circulación de sangre y de muertos. Por culpa de esta gran circulación de tragedia, en mis novelas sale la guerra, quizás en ocasiones de modo involuntario, poco o mucho.

Dos o tres años después de aquella tarde en el Publi Cinema, al leer en el periódico la cartelera de espectáculos, vi que en el cine Ars daban *El manuscrito encontrado en Zaragoza*. Necesitaba ver otra vez la película. Al día siguiente, a primera hora de la tarde, me dirigí hacia el cine con el corazón palpitante. La taquilla todavía estaba cerrada. En la entrada había un señor, no sé si el dueño o el gerente del Ars. Eché un vistazo a las fotos y vi anunciada

una película francesa, insustancial, que ya había visto en París hacía tiempo. Salí a la calle para ver el gran letrero que había encima de la entrada. Nada. Ni rastro de *El manuscrito*. Me atreví a preguntar al señor del vestíbulo:

—¿Dan *El manuscrito encontrado en Zaragoza*?

—Hoy hemos cambiado la programación. De todos modos, no se ha perdido nada del otro mundo. La película se titulaba *El manuscrito encontrado en Zaragoza*, ¿verdad? Pues Zaragoza no sale.

★ ★ ★

Empecé a escribir *Cuánta, cuánta guerra...* al año de la publicación de *Mirall trencat*. Tenía que titularse *El soldado y las rosas*. Hace pocos meses, al ordenar unos papeles, encontré un pequeño esquema que no recordaba:

El protagonista se llamará Manuel. Describir minuciosamente su rostro, todas las expresiones de su rostro. Cada gesto. La manera de andar, la manera de mover los brazos, la manera de señalar con un dedo las pequeñas cosas que le cautivan. La manera de dormir, la manera de reír. Todo él idéntico a su madre, y todo, en él, idéntico a su madre. Al final hacerle describir el rostro de las

mujeres que habrá encontrado por el camino y que le habrán atraído. Los rostros que habrá visto solo un momento, los rostros que le habrán fascinado, los rostros que le habrán enamorado y que serán el de su madre. El suyo. Una pesadilla. Estará obsesionado por las rosas. En el corazón de cada rosa, el rostro de la última mujer. Y en la última página, en el momento de la muerte (porque le hacía morir alcanzado por la metralla) le proporcionaré el bienestar absoluto por haber logrado ver tantas montañas, tantos y tantos caminos, tantas y tantas aliagas y tantas zarzas.

Y, naturalmente, Manuel debía ser un soldado rodeado de tanta guerra como se desee.

He escrito *Cuánta, cuánta guerra...* tres veces de arriba abajo. Solo eso ya suma unas cuatrocientas páginas. Si tenemos en cuenta que cada página ha sido escrita, al menos, tres o cuatro veces antes de pasarla a limpio, nos encontramos con un número de páginas bastante considerable; de ahí que tarde tantos años en terminar una novela. Como desde siempre he tenido el cerebro envuelto en niebla, las ideas no se me ocurren deprisa; llegan, generalmente, abriéndose camino. Y el camino nunca es recto, da vueltas y vueltas y está lleno de maleza; para ha-

cerlo transitable y desbrozarlo, no ceso de escribir y de tirar hojas y más hojas a la bendita papelera. Queda lejos el tiempo aquel en que creía que, para escribir una novela, bastaba con saber catalán y saber escribir a máquina.

★ ★ ★

También me hubiera gustado hacer una novela que describiera muy detalladamente máquinas de guerra, como hizo Kafka con la máquina infernal de su relato «La colonia penitenciaria». Pero me hubiera resultado tan difícil que nadie la hubiera visto terminada. Atascada para siempre.

★ ★ ★

Explicaré los orígenes de algunos capítulos. El sueño que perturba la vida del señor de la casa junto al mar viene de lejos. A finales del invierno del año 1971, tuve que ir a Viena para hacer compañía a un enfermo muy grave. A medianoche del primer día de mi llegada, salía de la «Allgemeine Krankenhaus der Stadt Wien Universitäts Kliniken». No se veía un alma. Iba por la calle Garrison y no sé qué ocurrió que de repente me encontré frente a la Votiv Kirchen, cuyo nombre todavía ignoraba. Regresé



sobre mis pasos hacia la calle Garrison y caminando caminando me encontré en la plaza Roosevelt. Después siguió la calle Lazaret. Sabía que debía andar hacia abajo y no dejaba de andar hacia arriba. La casa de los amigos donde me alojaba se hallaba al otro lado de Viena, junto al Belvedere. Se había levantado viento. Desorientada, me encontré en medio de un gran parque entre edificios enormes. Palacios separados entre sí, que el exceso de vegetación y las grandes arboledas centenarias apenas me permitían ver. El viento era cada vez más fuerte. Las ramas gemían. Por un momento tuve la sensación de que nunca más saldría de allí, de que no había camino alguno que condujera a parte alguna. Me hallaba perdida en medio de una ciudad muerta. No pasaba un coche, no pasaba un tranvía, no pasaba alma viviente, no se veía ni un poco de cielo. Y cuando la angustia me ahogaba me di cuenta de que aquello no me era extraño. Surgía de un sueño que había tenido hacía años. Un sueño que venía de quién sabe qué profundidades de mi conciencia. En el sueño aparecía una ciudad poco conocida, un parque sin salida, árboles como catedrales, sombras de palacios, y, en mi interior, las mismas ganas de gritar. Tuve aquel sueño en París, podía recordarlo, la noche que siguió a la primera tarde que fui a pasear por los jardines de Luxemburgo.

Un sueño que me desasosegó, una pesadilla. Aquellos palacios de Viena, la Rathaus, la universidad, el parlamento y los museos, no me resultaban extraños. Es conocida esa sensación de hallarse en algún lugar donde ya se estuvo anteriormente. Muerta de frío y de cansancio, me senté en las gradas del Museo de Historia Natural hasta que amaneció. El sueño del señor de la casa junto al mar tiene sus raleas en aquella noche mía de Viena.

Quizás haya escrito el capítulo del ermitaño porque siempre me ha interesado la psicología de los santos, aunque apenas me haya dedicado a profundizar en ella. El santo, en su renuncia, dirige hacia Dios su pasión, toda la fuerza de su alma, pero también busca desesperadamente sin saberlo su propia unidad, el equilibrio absoluto, sus constelaciones interiores. El reino de Dios que desde siempre lleva en su interior.

La defensa de Caín a cargo del pescador en el capítulo titulado «Después» procede del poema de Baudelaire «Caïn et Abel». Y de otras lecturas que no recuerdo ahora. Y de mi curiosidad por el personaje, infinitamente más interesante que Abel.

Mi abuelo, Pere Gurguí i Fontanills, me contaba vidas de santos extraídas de la *Leyenda áurea*. También me contaba cuentos: el del pastor con alas: «En un país de los confines del mundo, en un

valle desconocido, había una vez un pastor que apacentaba su rebaño. Por la noche, mientras dormía, le brotaban alas a él y a todas sus ovejas. Alas pequeñas. Y pastor y ovejas emprendían el vuelo por encima del valle hasta el amanecer». Mi abuelo asistía a misa todos los domingos. Y empezó a llevarme con él. A veces íbamos a la Bonanova, a veces a los «Josepets». Nos dirigíamos a la Bonanova por la calle de San Gervasio. A los «Josepets» por la calle Padua o por la calle Septimania. De regreso compraba los dulces en una pastelería que había en la plaza de los «Josepets». Yo, en misa, me aburría soberanamente. Levántate. Arrodiállate. Per-sígnate. Baja los ojos. Un día me atreví a tirar de la manga de mi abuelo, él se inclinó hacia mí y le dije en voz baja: «Me aburro». El «me aburro» se convirtió en una especie de cantinela. Hasta que un día, al llegar a casa, me sentó en sus rodillas y me habló del ángel de la misa. Era muy alto, tocaba el techo con la cabeza, las puntas de las alas rozaban las paredes. Resultaba imposible verlo bien porque era apenas una sombra rodeada de un poco de luz. Del rostro solo los ojos eran visibles: dorados. «Es un misterio cómo pinta el suelo de la iglesia de color azul y de color carmesí. Como si los rombos con los que la va enlosando se hicieran solos por la gracia de Dios.» Después de inducir-

me a creer en el ángel de la misa, cuando acudíamos a la iglesia ya no me aburría tanto. De niña vivía maravillada.

★ ★ ★

Durante muchos años, siempre que bajaba a Barcelona desde Ginebra, nunca dejaba de ir a saludar a los amigos Caries Riba y Clementina Arderiu. Durante una de esas visitas, Riba me preguntó si me resultaría muy difícil facilitarle las obras completas de Teilhard de Chardin. Mi siguiente viaje a Barcelona tuvo lugar para entregar a Riba lo que me había pedido. Y yo también me regalé un Teilhard de Chardin en cuanto regresé a Ginebra. Al final de este libro aparece la influencia de la misa en el mundo de Teilhard de Chardin. De un fragmento: «El sol acaba de iluminar, allá abajo, la franja extrema del oriente. Una vez más, bajo el manto movedizo de la oscuridad, la superficie de la tierra se despierta, tiembla y vuelve a empezar su pavorosa labor. En mi patena pondré, ¡oh, Dios mío!, la esperada cosecha de mi esfuerzo. En mi cáliz verteré la savia de todos los frutos que hoy se partirán. Mi cáliz y mi patena son las profundidades de un alma largamente abierta a todas las fuerzas que dentro de un instante se elevarán desde todos los pun-

tos del universo hacia el Espíritu. Esta multitud, cuya inmensidad aterra, este océano humano cuyas lentas y monótonas oscilaciones llevan la turbación al corazón de los creyentes...». Al final de *Cuánta, cuánta guerra...* digo una frase: «Desde esta cima con cresta de nube y cimientos de niebla...», etc.

★ ★ ★

Adrià Guinart, el protagonista de *Cuánta, cuánta guerra...*, es el antihéroe. Me ha salido así. Quizá se deba a que apenas creo en los héroes; es decir, aunque siempre se den actos de heroísmo en algún que otro lugar, creo que el héroe, o bien es un hombre preso del pánico que reacciona para salvarse de un peligro, o bien es un pobre hombre que necesita realizarse, compensar su mediocridad. Los héroes antiguos fueron criaturas no deseadas y abandonadas para evitar que se cumplieran los desastres que los dioses les habían predicho. Hombres con destino trágico perseguidos y devorados por los remordimientos; las furias, con cabelleras entretejidas de serpientes, con una antorcha en una mano y un puñal en la otra. Sartre convirtió los remordimientos en moscas. El hombre de hoy no es heroico. Le basta con sentirse poderoso «porque ignora que depende en su consciente de la cooperación del in-

consciente, que puede arrebatarse de pronto la frase que se disponía a pronunciar» (C. G. Jung).

★ ★ ★

A mi Adrià es la aspiración de libertad lo que le impulsa a marcharse de casa. De esta libertad tan cantada (la palabra en sí me emociona) que solo conduce a un cambio de prisión. El deseo de libertad en el hombre quizá sea, más exactamente, una necesidad de justicia.

★ ★ ★

Debería hablar del sol, pero tengo que terminar este prólogo de prisa y no sé escribir con prisas. Debería hablar de la importancia del sol verdadero y del sol de mi novela. Debería hojear viejos libros que me explicasen algo respecto a los pueblos adoradores del sol. El Sol Dios, ya que todo el universo es Dios. Las custodias datan del siglo xv. A partir del siglo xvi se les dio el nombre de «soles». Consisten en un círculo de oro o de plata rodeado de rayos con el santo sacramento en medio del redondel. Sin el Sol no existiríamos. El Sol sirve para algo más que para dorar las playas y los balcones.

★ ★ ★

Bien, he escrito este prólogo con intención de situar mínimamente al lector. He puesto algunas cartas boca arriba. No todas. En *El manuscrito encontrado en Zaragoza*, Zaragoza no salía. En *Cuánta, cuánta guerra...*, batalla, lo que se dice batalla, no hay ninguna.

★ ★ ★

Aunque no venga a cuento, quisiera rendir homenaje a tres grandes figuras que me han ayudado en mi trabajo. Son Jacint Verdaguer, Joaquim Ruyra y Josep Carner. Hombres de gran categoría, de mucha clase, que picaron piedra en la cantera del idioma y descubrieron filones de oro. Por esta herencia quiero expresarles todo mi respeto y todo mi agradecimiento.

# PRIMERA PARTE



## 1. A medianoche

Nací a medianoche, en otoño, con una mancha del tamaño de una lenteja en la frente. Mi madre, cuando me portaba mal, decía, medio dándome la espalda, pareces un Caín. Josep tenía una cicatriz en el muslo izquierdo, en la parte interior, en forma de pez, que daba risa. Rossend, el hijo del trapero que nos prestaba el asno y la carretilla para llevar los claveles al mercado, tenía la punta de la nariz colorada y daba risa. Ramón, el hijo del carnicero, tenía las orejas puntiagudas y daba risa. Yo no daba ninguna risa. Si alguna vez se unían contra mí y me atacaban porque no quería secundarlos en sus juegos, les obligaba a retroceder gritando que el demonio era mi tío y que me había marcado la frente antes de nacer para poder reconocerme enseguida, aunque me hallara entre otros muchachos. A los tres años, dado que mi madre nunca había querido cortarme los cabellos, que me caían en tirabuzones a ambos lados del cuello, todo el mundo me tomaba por una niña. El día en que mi madre me llevó

a ver al padre Sebastià para que ingresara en el colegio, el padre Sebastià, mientras me miraba con pena, dijo: aquí no admitimos niñas. Mi madre se deshizo en explicaciones, que le dolía cortarme el pelo, tan bonito, que todavía era demasiado niño y que sin pelo tendría frío, y mientras ella se explicaba, yo, que ya sabía escribir mi nombre, me acerqué a la pizarra, cogí la tiza y en color blanco sobre negro escribí con letras grandes y torcidas: Adrià Guinart. El padre Sebastià enseguida se dio cuenta y, juntas las manos, dijo: ¡qué arcángel!

Entré en el colegio con el pelo al rape, deseperado por no tenerlo como antes, y más sabio que los demás niños. El padre Sebastià me hacía sentar a su lado mientras explicaba historia sagrada, porque, si me sentaba en el banco, decía que le molestaba mi modo de mirar, demasiado fijo. Teníamos una gruesa carpeta llena de grandes estampas, encerrada en el armario de las libretas, de los lápices y de las tizas. Mientras él hablaba, yo, siempre yo, debía señalar con el puntero lo que iba nombrando: el mar Muerto, el bastón de Moisés, las tablas de la Ley, el árbol del bien y del mal, Adán y Eva vestidos con hojas de parra. Señala a Sansón. Me moría de vergüenza al tener que señalar a quien perdió la fuerza cuando le cortaron los cabellos. Señala al ángel anunciador. Con el lirio florido ante

María, rubio y con tirabuzones como yo antes de entrar en el colegio, con las plumas de las alas, una lista azul, una lista verde, el ángel se sostenía en el aire. Con la lámina del diluvio, todos los niños de la clase, incluso los más distraídos y adormilados, se avivaban. Mientras seguía la curva de colores del arcoíris con el puntero, creía volar entre el verde y el morado, el amarillo y el rosa... ¿No dijo el padre Sebastià que yo era un arcángel? Los arcángeles volaban. Caín y Abel. No respiraba. Abel pastoreaba. Caín araba la tierra y sudaba. Soñaba historia sagrada, soñaba ángeles, soñaba santos, me soñaba a mí mismo viviendo historia sagrada, atravesando desiertos y haciendo manar agua de las fuentes. El día que tocaba la lámina de la crucifixión, en cuanto llegaba a los campos de claveles, corría de un lado a otro, me empinaba, de puntillas, hacia lo alto, todo lo alto que podía, para oír a las estrellas que decían, pobrecillo, pobrecillo, no tiene alas...

★ ★ ★

La casa era vieja, el fregadero olía mal, el grifo goteaba. Los días de viento el frío se colaba por las rendijas, pero con el buen tiempo el olor de las flores se metía en todos los rincones. Mi padre, los domingos en que no le apetecía ir a visitar a sus primos, me

llevaba de paseo. Pasábamos horas sentados en un ribazo y a veces el aire traía hilillos arrancados al corazón de las flores escuálidas y algunos se pegaban a la ropa. Las gentes eran todas idénticas: con piernas, con muslos, con ojos, con bocas, con dientes. De la mano de mi padre, que era alto y era bueno, caminaba yo tieso como un palo. Ignoro por qué las niñas me daban rabia; si algún día lograra atrapar una, le retorcería el pescuezo como a un pájaro. Robaban el amor de las madres.

★ ★ ★

Una vecina que trabajaba en la fábrica de tejidos, tenía una niña. Un sábado por la tarde preguntó a mi madre si podría guardársela. Yo estaba muy preocupado: mi madre me había dicho que había ido a comprar una hermanita, que nunca más estaría solo, que tendríamos en casa a una niña que reiría y lloraría. Cuando le pregunté por qué había comprado una niña y no un niño, me dijo que ya había recibido el aviso anunciando que sería una niña. Aquel sábado por la tarde, mi madre me dijo que tenía que ir a hablar con alguien respecto a la venta de los claveles y me dijo que vigilara a la niña de la vecina, que, sobre todo, el gato no se le acercara. En cuanto mi madre salió, fui a mirar a la niña, que

dormía, y al gato, que mi madre había encerrado en la cocina. La niña se llamaba Mariona, tenía un color rosado y llevaba pendientes de oro. Estaba tendida sobre dos sillas juntas. La cogí y la dejé en el suelo. El gemido que lanzó me cortó la respiración. Empecé a desnudarla como si desnudara a una muñeca: fuera camisita, fuera braguitas, fuera trapos, fuera zapatitos de lana. No pude quitarle los pendientes porque no sabía cómo se abrían. Cuando la tuve como un gusano, la puse encima de una toalla y la arrastré tirando de la toalla hasta donde empezaba el campo. La luz del sol acabó de despertarla. Acurrucado a su lado examinaba sus encías despolbladas, los cabellos, escasos y muy finos. Sus ojos eran de color violeta con destellos dorados. Enloquecido al sentirme mayor que ella, tan pequeña, fui a arrancar todas las violetas. Solo sus ojos debían ser violetas. En medio del campo, entre dos hileras de claveles, encima del reguero de agua, le hice una cama con hojas de violetas verdes y redondas. Y, con miedo a romperla, allí la dejé. Por un momento, dejó de respirar, y, en el acto, con un palmo de boca abierta, empezó la llantina. Tuve ganas de llevármela al tejado y arrojarla desde lo alto, por el hueco de la barandilla rota. Fui corriendo a buscar al gato. Lo dejé junto a ella y permanecí quieto. Mira el gato..., mira... Le cogí una manita y la pasé por

el lomo del gato, que de repente quiso huir, le saltó por encima y le rasguñó el pecho. Mi madre había contado a no sé quién que si los bebés lloran sin cesar durante demasiado rato acaban por romperse. Quieta, bonita. Creía que se me rompería como una taza al caérsele a uno de entre las manos. La niña estaba cubierta de sangre. Mi madre me molió a palos. Yo quería morir. Subí al tejado del cobertizo de las herramientas y me tiré desde lo alto. Caí de cuatro patas. Y aquella noche, que era de luna, la pasé tirándome de arriba abajo del cobertizo. Al cabo de poco tiempo nació mi primera hermanita. Aquella noche me planté. Tras cavar un hoyo muy hondo al pie del avellano, me metí dentro y me cubrí de tierra hasta las rodillas. Había llevado conmigo la regadera llena de agua y me regué. Quería que me salieran raíces: ser todo ramas y hojas.

★ ★ ★

Mi madre era de Sarrià y tenía un campo de claveles entre Sarrià y San Gervasio, junto a la vía del tren de Sabadell. Yo ayudaba en la tarea de hacer esquejes, regar y recolectar. Trabajábamos desde el alba al anochecer. Mi padre murió cuando yo tenía once años. Era maquinista de tren. Llevaba bigote y tenía los ojos grandes y tranquilos. De niño, me sentaba en

sus rodillas para dormirme y me cantaba la canción del rueda que rueda que rueda. La primera vez que aquel hombre surgió ante él en medio de la vía, dice que la luna parecía de fuego. Una niebla espesa parecía dormir por encima de los árboles, a la derecha. Y un hombre, justo en mitad de las vías, caminaba de frente hacia el tren. En cuanto mi padre lo descubrió, puso en marcha el pitido. El hombre, pequeño primero, iba creciendo, avanzaba sin detenerse como si ningún tren se acercara hacia él a toda velocidad. Llegó tan cerca que mi padre tuvo tiempo de ver cómo iba vestido: pantalones de color pajizo y camisa a rayas amarillas y negras. Y frenó. Se oyeron gritos dentro de los vagones. Detrás de mi padre, se apeó gente. En la vía, nadie. Se vio obligado a explicar a la compañía lo que le había ocurrido. El tren había llegado con retraso. Y todo hubiera quedado olvidado si al cabo de un año y en el mismo lugar que la vez anterior, pero durante una noche oscura como boca de lobo con copos de nieve que se descolgaban lentamente del cielo, no hubiera aparecido de nuevo el hombre que avanzaba en medio de la vía con la misma vestimenta: pantalones de color pajizo y camisa a rayas amarillas y negras. El tren marchaba a toda velocidad, las ruedas cantaban el rueda que rueda. Mi padre, al verle, accionó varias veces el pitido, pero el hombre, terco, seguía acercándose. Has-

ta que mi padre, con el corazón palpitante, no tuvo más remedio que frenar. Otra vez se oyeron gritos de gente aterrada en el interior de los vagones. Mi padre bajó del tren. En medio de la vía, nadie. Con varios pasajeros se llevó a cabo una batida por los alrededores. Nada. Mi padre se daba cuenta de que no le creían, de que le miraban como si estuviera loco. Se vio obligado a informar de nuevo a la compañía. Si se les ocurriera pensar que el maquinista veía visiones... Y una noche de luna clara con extensiones de campos de plata a ambos lados del tren, lejos, tal como había aparecido las otras dos veces, surgió el hombre de los pantalones de color pajizo y la camisa a rayas. Mi padre decía que había cerrado los ojos..., no frenó. Y percibió con todos sus sentidos el ruido de los huesos al triturarse. La compañía no lo despidió, pero lo cambió de línea. Cumplía su servicio en un tren desvencijado, lento como una tortuga, que solo cubría viajes cortos. Hundido en el pozo de aquel misterio murió pronto de un ataque cardíaco. Mi madre no le lloró. Los claveles daban mucho trabajo y había que seguir viviendo. La casa iba perdiendo color como si todo, enseres de cocina, muebles y paredes, apareciera bañado por una luz enferma.

Un día contesté a mi madre de mala manera y justo al día siguiente me habló por primera vez de



mi hermano, y, cuando entraba en casa sucio y empapado por haber desviado los regueros, decía sin mirarme: a tu hermano le he hecho cepillar el burro del trapero. Mañana de madrugada tu hermano me ayudará a cargar los claveles. Tu hermano... Y yo no tenía ningún hermano.

Un atardecer me pareció verle medio escondido en el cobertizo de las camelias. Era como yo. Me acerqué a él; entre las camelias no había nadie. Por la noche huía de casa. Por la ventana de la cocina saltaba al campo y por entre las lanzas separadas de la reja, a la calle. En casa me ahogaba. Los trenes que pasaban en la noche me hacían compañía. No salía de mi barrio. Las casas cerradas, las ventanas muertas, los balcones con sombras de flores colgantes, una fuente en la plaza, el agua fresca de la noche, un poyo en una entrada, eran mis acompañantes. Las calles sin alma viviente eran mis palacios, mi alegría, mi miedo. Las calles con árboles viejos a ambos lados, de ramas altas a punto de abalanzarse sobre mí y de llevarse hacia lo alto eran mi pesadilla. Al alba regresaba a la cárcel de mi casa.

Rosend, el hijo del trapero, dos años mayor que yo, me dijo que se iba a la guerra, de la que me hablaba sin cesar desde que había empezado. ¿Por qué no te vienes conmigo?